



MISERICORDIA

Misericordia es la palabra que sirve de título a una de las más extraordinarias obras de nuestra literatura: una novela de Galdós, del Galdós desdeñado y olvidado que con persistencia inigualable ha proporcionado el alimento novelesco, imaginativo y poético a tantos españoles; que dió transubstanciado en poesía el ser mismo de España, su historia, durante la época de mayor desarraigo intelectual, cuando las luces de Europa atraían a los mejores, que ponían en ellas sus ingenuas esperanzas y mantenían en silencio a quienes vislumbraban en su corazón la equívoca sombra de tales luces.

Aparece la obra de Galdós como un camino que arranca desde los últimos años del siglo XVIII, de los últimos años de una España todavía unida, para seguir a través de todo el siglo XIX, de todos sus recovecos y entresijos, de todas sus convulsiones y desgarramientos, presentándonos sus entrañas al descubierto, el hervor de la sangre en su origen. Porque todo nuestro siglo XIX no es sino sangre; sangre que mana a borbotones de un cuerpo desgarrado, de unas entrañas que siguen siendo fecundas en su herida.

Y de este remolino ensangrentado que es la vida española del siglo XIX, lo que Galdós nos da en toda su integridad es la vida misma,

la sangre misma. La vida del español anónimo, de obscuro nombre genérico, que va pegada a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra, en fin, con sus viñedos y garbanzales, con sus trigales y roquedas, o a una ciudad plantada en el desierto, rodeada de vertederos y escombrecas, de téticas estaciones de ferrocarril como Madrid. Vidas que lo son, tanto como de un ser humano, de un pedazo de suelo, un trozo de vida española; es decir, de linajes y tradiciones, de vida anónima con sus infinitas raíces en el ayer: tejido tramado con todos los elementos de nuestro ser de españoles.

Porque lo que Galdós nos ofrece en su gigantesca obra es algo que es más que historia, porque nos da la historia entretejida con lo más cotidiano en los «Episodios», la historia absorbida y reflejada por el mundo de lo doméstico en sus novelas. Nos da la vida del español anónimo, el mundo de lo doméstico en su calidad de cimiento de lo histórico, de sujeto real de la historia. El historiador ha solido darnos el hecho, el hecho histórico que para ser considerado como tal requería determinadas condiciones: un hecho, para ser considerado histórico, tenía que aparecer ante los ojos de quien lo estudiaba como decisivo y trascendente. La novela realista de Galdós nos muestra, en cambio, aquello de que tales hechos salen, lo que queda oculto bajo esa trascendencia y que puede ser tomado por simple poso del tiempo, por la vida hermética que no ha logrado trascender, vida al margen del tiempo, que sólo tiene sus días contados, su límite fijo, sin mañana ni ayer.

Mas la novela galdosiana misericordiosamente desciende a esa vida, y con realista afán de conocimiento se detiene en ella hasta desmenuzarla, hasta descubrir el secreto de su íntima estructura, analizando su misterio hasta el límite en que todo misterio consiente en ser desvelado por una luz ajena. Y en ella encontramos la trascendencia de lo cotidiano y anónimo, en el fluir de ese tiempo no ligado a un acontecimiento decisivo, y también la trabazón de lo histórico, del ayer decisivo y trascendente con el hoy sin nombre aún; el reflejo del histórico ayer en el presente pobre y desnudo.

Por el rastro humano, por los sucesos más íntimos y cotidianos de las novelas de Galdós, se pueden rastrear hasta su origen los sucesos más importantes de nuestra historia, y, lo que es más decisivo que nada:

podemos ver qué acontecimientos del pasado han sido verdaderamente trascendentes para la vida del pueblo español; qué sucesos, apuntados o no por los tratados de historia, han marcado su huella en la vida de los españoles todos, han condicionado sus alegrías y sus pesares, han cerrado su horizonte a la esperanza, han ampliado el marco de sus posibilidades o han estrechado las paredes de su calabozo. La huella de lo histórico en la vida pobre y sin nombre.

Porque así como en el instante más vacío de la vida de una persona está la huella de todo su ayer, con todos sus instantes, y esta presencia constituye la unidad de la vida, de toda vida personal, asimismo en los personajes de Galdós, en el mundo de sus complejas relaciones, está la huella viva, prolija y multiforme, de nuestro multiforme pasado. El protoplasma hispánico impreso de mil huellas, mas también hirviendo de nuevos gérmenes, es el sujeto único, en sus innumerables caras, de la novela galdósiana. El tiempo real y concreto en que lo histórico y lo innominado se traban reflejándose mutuamente, el tiempo con ritmo imperceptible en que transcurre lo doméstico agitado todavía por lo histórico, es el tiempo real de la vida de un pueblo que lo sea en verdad, es el tiempo de la novela de Galdós.

La presencia del ayer histórico en un presente sin relieve. Su nostalgia y su deformada imagen en el espejo de una actualidad desmemoriada. La presencia del decisivo ayer en una conciencia intermitente como lo es nuestra tradición. Mas, por debajo de la conciencia, a través de los más raros caminos, el ayer persiste, actúa, está en los más extraños y modestos lugares. Porque de la presencia material de nuestras ciudades y pueblos, y aun de una ermita en la pradera o de una simple calzada, se desprende un vaho de pasado. Hay pegada a las cosas, a todas las cosas que ha desgastado la vida —como el agua del río las piedras del cauce—, una huella, un cierto desgaste distinto de la pátina de la simple antigüedad, que dice de la mordedura de la vida, del agrio sabor de los días grises allí posados. Huella del pasado que no es memoria esplendorosa, ni gloria que envíe sus rayos aún cálidos sobre el helado presente, sino algo más trabado, gastado y deshecho. De los damascos ha quedado el harapo, y de la casa señorial el desvencijado corredor. Y de los seguros pasos, tan sólo las trizadas baldosas llenas de hoyos; de las

erguidas figuras, algún gastado espejo en que el tiempo ha sorbido el azogue que lo reflejaba.

Y así también en las humanas vidas; mezclados a los borbotones de la sangre naciente, los delirios de grandezas, la grandeza de una España remota reducida a delirio, a confusa imagen en el espejo quebrado y acuoso. Las aguas de la memoria se han enturbiado con el limo que sube del presente y las algas del olvido; la imagen del ayer reflejada en ellas produce una deformada imagen de pesadilla. Las figuras del ayer lejano reflejadas en la memoria turbia han engendrado en el presente un monstruo.

•

Un monstruo, en efecto, parece la España que asoma su rostro en la novela de Galdós; la España del harapo y la locura, de la mezquindad y el disparate, de la prodigalidad y el absurdo. ¿Cómo plasmár tan anárquico mundo sin poseer su clave? Cómo abarcar sus complicadas relaciones, recorrer sus vericuetos sin descarriarse por ellos, sentir sus palpitations sin perder el tino? No basta ser español, sentir en la sangre el parentesco indestructible con tan disparatadas criaturas, reconocerse en todos los personajes, llevar impreso en el olfato el olor de los angostos interiores y en la retina la omnipresente luz de nuestro cielo.

No basta, con ser mucho, todo esto. Es preciso haber entrado en posesión de un cierto saber que nos haya dado la clave de todo ese revuelto mundo, que nos haya descubierto el orden que forzosamente ha de existir detrás de tan enmarañado revoltijo, encontrando tras el absurdo personaje su trasunto inteligible, su ser verdadero, que diría un filósofo, la esencia sustentadora de tan contradictoria apariencia.

Cuestión es ésta que plantea la cuestión misma de algo que tanto nos importa a los españoles como el realismo, el consabido «realismo español», tan nombrado y trillado como poco conocido. «Realismo español» del que con tanta frecuencia se habla como de algo evidente que con sólo nombrarlo bastara, como si a alguien que se interesara de veras por el misterio de la vida de una persona se le pretendiera satisfacer contestándole: se llama fulano de tal. Y así, para explicar los misterios de nuestro arte más excelso se emplea el término: «realismo español», añadién-

dole a veces un adjetivo como «extremado», «sangriento» y hasta «bárbaro».

Y no sólo en darlo por conocido hay error, sino también confusión en lo que se quiere expresar. A veces se habla de «realismo» como de una cualidad entre otras que se pudiera o no poseer. Otras veces se alude a un estilo artístico, como naturalismo, u otro cualquiera. Y esto de ser un estilo es lo más alto que el realismo español ha alcanzado, el concepto más amplio y preciso con que se le ha querido abarcar.

Mas no nos basta, pues la sospecha que tenemos, la única que de comprobarse encajaría en la función que el tal realismo ha venido desempeñando en nuestra cultura, es la que induce a creer que el realismo español lleva aneja una forma de conocimiento, precisamente aquel de que se han nutrido toda nuestra cultura y saber populares, la cultura analfabeta del pueblo y las más altas, las más misteriosas obras de nuestra literatura.

Para poder precisar en qué consiste este género de saber, habría que revisar los géneros esenciales del saber desde sus orígenes en Grecia, por una parte, y por otra descubrir las raíces de la actual crisis del saber filosófico o más exactamente racional, de su insuficiencia y agotamiento, para volverse a descubrir este otro saber allí donde la razón racionalista lo mantuvo confinado, sin haberle podido impedir, sin embargo, que irradiara desde sus escondrijos en los más insospechados lugares. Más que nunca es necesario hoy esto, pues para dar al hombre el alimento espiritual que necesita es preciso que este género de saber se muestre en su plenitud creando el nuevo género literario que ya echamos de menos y haciendo posible la madurez de algunas ciencias que lo necesitan para el logro de sus frutos —tal la Historia

No es éste el tema del presente trabajo, y, sin embargo, se hace preciso marcar que la ciencia que en las novelas de Galdós aparece, el profundo saber de las cosas de España que en ellas se encierra, sólo quedará ampliamente reconocido, y por tanto asimilado, cuando ese género de saber haya alcanzado validez y nombre, es decir, objetividad plena. A la luz de su aparición, el realismo español será algo mucho más que una cualidad y más decisivo que un estilo; será simplemente la actuación de este género de saber en el clima hostil de una cultura de

origen racionalista que va agotando su ciclo. Será la actuación continua y humilde de una razón que no ha comenzado por nombrarse a sí misma, por establecerse a sí misma; de una razón o manera de conocimiento que se ha extendido humildemente por seres y cosas, sin delimitarse previamente a sí propia; que ha actuado sin definirse ni separarse, mezclándose, inclusive, con la razón al uso, con su enemiga y dominadora razón racionalista. Pero es que una de las características de tal género de razón sería el no tomar represalias contra lo que la domina, el no tomar represalias más que en el terreno de la creación, rebasando, superando —jamás rebatiendo ni disputando. Razón esencialmente antipolémica, humilde, dispersa, misericordiosa.

Humilde, dispersa, misericordiosa más que ninguna otra es la obra de Galdós; transparente como ninguna otra las cuestiones más decisivas de nuestra historia, los sucesos más trascendentes de nuestro ayer y el fuego vivo del presente. Ahí está como un inmenso regalo para satisfacer nuestra necesidad de conocimiento, nuestra extremada pobreza en el saber de aquello que más nos importa.

No nos ha dejado Galdós clave alguna teórica para conducirnos por el riquísimo y complejo mundo de su obra novelesca. Su obra mejor transcurre limpia de todo intento de teoría. Y esto constituye una gran suerte, porque de haberlo intentado nos daría una clave falsa; se hubiera engañado a sí mismo fatalmente, necesariamente, porque la razón de su tiempo, la que él podía manejar, no estaba en condiciones de penetrar en los problemas que los originales personajes arrastran consigo, y, caso de estarlo, por las muestras no muy felices que don Benito nos ha dejado de su inteligencia discursiva, no hubiera acertado a discurrir sobre aquello mismo que él había creado, cosa no extraña, ciertamente, en un artista. Hay en la personalidad de Galdós un divorcio entre el intelectual, el hombre de «ideas» y el creador, el poeta que desciende hasta los fondos últimos de la vida española, aquellos que más celosamente esconde un pueblo, hasta lo más recio a ser desvelado, hasta la esquiva verdad que apenas tolera la palabra.

Verdad esquiva que de ningún modo ha permitido ser pensada, reducida a concepto, ni apresada en ideas, ser despegada de sí misma, en suma; verdad que el intelecto humano, hasta ahora, no ha podido captar para dominar, sino que ha exigido el perderse en ella, la entrega de nuestro ser, porque no es cosa que se sepa, verdad de la mente, sino íntegra verdad de la vida. La razón despegada de la vida ha corrido durante siglos por su mundo, conquistado mundo de abstracciones. Mas entre nosotros, la mente no ha sido despegada de las cosas, de la vida, por violencia alguna, por apetito alguno de poder, y la vida ha triunfado siempre. En su triunfo no ha entrado para nada la apetencia de dominio, sino, al revés, la falta de ella, la anulación de la voluntad por el amor. Y así se ha hecho posible la existencia de criaturas como las que encontramos en la novela de Galdós, criaturas que no han consentido en ser apresadas más que por la palabra humilde ceñida a la vida, que no han consentido en ser sabidas de otro modo que poéticamente. En la novela de Galdós, como en el realismo español, la fascinación de la vida ha triunfado sobre el poder de las ideas, sobre su prometedora fuerza de avasallar la realidad.

Mas amor con amor se paga; la realidad viene a entregarse plenamente a quien así se le entrega, y de ahí la riqueza infinita, la infinita complejidad de la novela galdosiana, la magia que de ella emana, más allá de la literatura. Magia igual a la que irradia una pared desconchada, un cardo en un erial, unas tejas verdinegras de lluvia, un rostro arrugado por los días, todo lo vulgar, todo aquello cuya gracia consiste solamente en existir.

La maravilla de la existencia, el prodigio y misterio de la realidad de la vida, corre a través de las innumerables páginas galdosianas, corre por igual, extendiéndose monótonamente sin principio ni fin. Pero se muestra al descubierto en su raíz, en dos de sus infinitas raíces, en otras tantas de sus obras: «Fortunata y Jacinta», y «Misericordia», novelas de Madrid ambas. Ellas dos, muy especialmente en cada una de sus protagonistas, encarnan esa prodigiosa fuerza de la vida en aspectos distintos que juntos son capaces de asegurar por sí solos la perennidad de un pueblo, del pueblo en que con tan divina naturalidad se producen: Fecundidad y Misericordia. La manifestación de la inmensa fuerza de la

fecundidad, ilimitada, espontánea, corriendo libre de todo cauce, brotando arrolladora e inocente, se muestra en Fortunata, la semidiosa hija del pueblo de Madrid. La fuerza milagrosa de la creación, del espíritu creador que corre pegado a la carne, a sus modestas necesidades, se nos muestra en todo el intrincado y anárquico mundo de «Misericordia», y sobre todo en Benigna de Casia, la divina criada alcarreña.

Fortunata y Benigna son pueblo, puro pueblo; las razones de su conducta, la razón de su ser, se hunden confundándose con la razón misma de ser del pueblo español, del pueblo sustentador del ente histórico que se llama España. Si Fortunata nos ofrece el misterio en que un ser humano individual aparece ligado, identificado en cósmica unión con la especie toda y, aun más allá de ella, con la naturaleza —misterio de la maternidad imponiendo su ley—, «Misericordia» nos muestra otro misterio, el de la fuerza de cohesión de un pueblo más allá de la locura y de la prudencia, sacando su fuerza de su prodigalidad, su esplendor de su miseria. Misericordia es la razón de la sinrazón de España, el orden en el disparate y la locura, y en este sentido —razón de la sinrazón, hecha patente— está más allá del libro genial y profético de nuestro pueblo, en la misma línea y más allá del mismo Don Quijote.

Misterio de la cohesión de un pueblo en su anarquía actual. Mas el momento fugacísimo del presente apenas existe en «Misericordia», mundo de pura temporalidad, devenir constante en que el tiempo se quema en su propia substancia sin dejar ceniza. El instante no pesa, los personajes son puras llamas a las cuales sólo su íntima transformación mantiene —pura vida.

Vida que viene de un pasado y está llena de sus huellas innumerables; continuidad de la vida de un pueblo que prosigue, bajo la superficie de los hechos históricos, bajo la máscara histórica, su crecimiento orgánico. Continuidad de aquello que sigue y antecede al fragor de lo épico, al esplendor del Estado, a la gloria militar, y que por llevar al mismo tiempo su germen, su posibilidad de renacimiento en el futuro y su rastro del ayer, es sencillamente la tradición, nuestra múltiple, plural tradición.

Por debajo de los hechos históricos sigue transcurriendo la corriente de vida que la hace posible, vida organizada, cohesión del ayer con el ma-

ñana a través del hoy; cohesión de todos los elementos que integran el hoy y que trabados, vivos, fluentes, forman la entidad que se llama pueblo, entidad a la vez humana y divina, puesto que no podemos inventarla y más bien es ella quien nos inventa a cada uno de nosotros.

En esta corriente viva que llamamos tradición se asientan las raíces de nuestra cultura verdadera, o sea de aquellas nociones actuantes que rigen nuestros más secretos y continuos movimientos, que aprisionan nuestra mente, que inspiran en los instante decisivos de nuestra existencia una resolución, porque de ella nos viene la fuerza capaz de vivir y morir, la fuerza capaz de hacernos creer que pervivimos cuando ha sonado la hora de la aniquilación, porque ella nos empuja con la infinita fuerza de cada uno de nuestros linajes y nos inspira con la embriagadora promesa de nuestra continua resurrección en la temporalidad, más acá de todo juicio final. Embriagadora fuerza de la tradición, capaz de fascinar a una vida, de desviarla, si por ventura —tratándose de la nuestra— ella misma no la salvara. Pero esto —más adelante lo veremos—, Benigna, la sirvienta analfabeta, no lo ignoró ni un solo instante.

A medida que penetramos en el mundo de «Misericordia», sentimos que nos vamos sumergiendo en nosotros mismos, pasando por diversas capas, por aquellas más inmediatas socialmente, por aquellas en que nuestro ser individual convive mezclado con los de nuestra misma clase social: más profundamente, y con tanta fuerza que borra esta primera forma de convivencia dentro de una clase social, está la otra convivencia con el pueblo todo, la dimensión en que somos hijos de España, en que corremos su suerte, en que nos desgarran sus heridas, nos aminoran sus decadencias y nos sustenta su esperanza. Plano o zona de nuestro ser en que somos simplemente españoles. No sabemos si de ahí escapará alguna otra dimensión en que seamos cosa distinta, en que nuestro riesgo y ventura se desprendan de la del pueblo que nos sustenta; no sabemos, sobre todo, si tal dimensión es querida por nosotros —es decir, si, llegado el caso, querríamos salvarnos a pesar de ser españoles o en contra de serlo; si en última instancia, en esa última instancia supra-

temporal, tomaríamos los riesgos de un «Fuenteovejuna lo hizo» más allá de los juicios de este mundo. Pues de que así es aquí, de eso sí que estamos seguros: de que el amor a nuestra condición de españoles sea tal, que consintamos —y aun lo deseemos— en echar sobre las pobres espaldas de nuestra individual existencia las culpas —si culpas hay— que en su espontáneo actuar haya podido cometer el pueblo. Sí, estamos seguros y firmes en no decir nunca: «eso hicieron», sino siempre: «eso hicimos». Ante el tribunal del mundo, los yerros del pueblo son los nuestros, sus culpas nuestras culpas, porque su esperanza es también nuestra esperanza.

En esta zona de nuestro ser en que somos simplemente componentes del pueblo español, seres a quienes afectan todos sus dolores y que participan igualmente de todas sus riquezas, es riquísima la novela de Galdós, y muy especialmente «Misericordia». En su lectura nos sentimos sumergidos íntegramente en ese mundo donde están todos los elementos esenciales de nuestro ser popular, de nuestra cultura viva. La vida entera de un pueblo, de una cultura, abierta en sus páginas, en el misterio de su continuidad, de su morir y renacer permanentes. El misterio de nuestra continuidad como pueblo, de su unidad dramática, de nuestra sangrienta y polémica unidad.

Porque de todos los problemas que a un español le acongojan, ninguno más grave que éste de la cohesión, de la unidad del pueblo español, ninguno más empapado en sangre y en sales de amargura.

Desde el comienzo del siglo XIX —es decir, desde el arranque de la obra galdosiana— hasta la tragedia actual, la unidad del pueblo español ha sufrido tremendas crisis. Mas ya es aventurarse con exceso decir «unidad del pueblo español». La crisis, la tragedia, aparecen en la unidad del Estado español, plasmada por Cisneros y conservada en su creciente consunción hasta los tristísimos tiempos de «el Deseado», a cuya muerte España se enciende mostrando al mundo la trágica dualidad que en él había. El Estado, cada vez más impotente, ha acabado por dejar al descubierto el desnudo cuerpo de la vida española desgarrada, deshecha en sangre. Casi sin interrupción mana ya la sangre a borbotones. Cual-

quier novela de Galdós, cualquiera de los «Episodios», muestran esa España en carne viva, en su trágica dualidad.

La pregunta que surge es de gravedad suma. Esa dualidad ¿afecta tan sólo al Estado español, o es que por debajo de él se produce acaso en la misma corriente viva de la tradición, en las entrañas mismas de la cultura, de la vida de España?

Porque la larga serie de acerbas críticas contra el Estado de Cisneros —y no ha habido todavía ningún otro logrado— parecen dar a entender que la crisis de la unidad española proviene íntegramente de la defectuosidad de constitución del Estado, ya en su primer momento, ya en su solidificación, con Felipe II. Y con ser esto grave, aun más lo sería otra tesis, que algún pensador ha apuntado, de que nuestra defectuosa constitución como nación provenga de los ingredientes integradores del pueblo mismo, de que no haya funcionado con la necesaria potencia un elemento unificador, absorbente, integrador.

La realidad que encontramos en «Misericordia» de Galdós no parece dar la razón ni a una ni a otra tesis, y si acaso nos hemos embebido en su lectura con ánimo de comprobar la verdad de la una y la falsedad de la otra, veremos más bien levantarse una tercera, no como tesis, pues es muy difícil que tesis alguna se avenga con la enigmática obra galdosiana —tan enigmática como la realidad misma—, sino como sospecha de algo más inmediato todavía, y que, por tanto, no decide por el momento la verdad o falsedad de tales tesis.

La sospecha estriba en que esa dualidad trágica esté motivada por una deficiente asimilación del pasado, como una falta de vivificación de todo nuestro ayer. Porque hay un hecho que la historia acepta y que aparece en «Misericordia» y en alguna otra novela —«Nazarín»— galdosiana, con toda luminosidad, y es la gran riqueza de ingredientes raciales, religiosos y culturales contenidos en el pueblo español, por las especialísimas circunstancias que han hecho de la península hispánica un hervidero, encrucijada de Oriente y Occidente y de las corrientes de cultura y razas que vienen de Noroeste y Sur. Esta diversidad de elementos aparece en «Misericordia» absorbida en una poderosísima corriente popular, unificadora de los diferentes linajes que intervienen en nuestra historia, de las distintas culturas que han ido en ella mezclando su savia. Pero

como trazo sombrío, encontramos también algo a modo de residuo sin asimilar, algo que no ha podido llegar al pueblo y ser por él transformado en substancia de porvenir. Residuo letal de un ayer cadavérico y que flota arrastrado por la corriente de las aguas vivas de la tradición. Encontramos, por el momento, en el estricto presente del mundo de «Misericordia», una divergencia de conducta, de ética. Por una parte, el pueblo; el pueblo usa todo lo que tiene, lo entrega, lo gasta, y aun diríamos que lo malgasta si de tal dispendio no saliese la permanencia de nuestro ser, si con tal prodigalidad no quedase asegurada la continuidad de la tradición. Pero, por otra parte, algo se le opone, en nombre de la prudencia a veces, de las «sagradas convicciones», es decir, de las convicciones petrificadas, hechas leña; tronco sin savia que cree tener raíces porque las enseña al aire. Prudencia, razón, «arraigadas convicciones» que reiteradamente se han revuelto contra la viva corriente que prosigue su curso, contra las secretas fuerzas que inocentemente mantienen en pie la cohesión íntima del pueblo español, mantienen en pie lo que se llama España.

Las clases sociales en que desdichadamente han ido tomando cuerpo estas fuerzas muertas, a medida que el tiempo ha ido dejándolas atrás, han ido transformando, como no puede ser menos, la inercia en veneno, en un veneno de temor y de rencor originados en la negra raíz de la impotencia, de la infecundidad.

Nuestras luchas internas, nuestras cruentas guerras civiles, han sido un pleito a la luz de esta sospecha, han sido engendradas por una divergencia con respecto al pasado. Sucede entre la corriente viva de la tradición, la continuidad popular de la cultura y la petrificación de algo irreductible a ser vivido y cuyo origen hay que buscarlo en un pasado un poco remoto al de las novelas de Galdós. En ellas, el temor y el rencor están ya en pie frente a la prodigalidad de todos los tesoros, que es su actualización plena.

Esto nos hace muy explicable que la revolución anhelada en España por los españoles mejores haya sido una revolución frente al pasado, la revolución del pasado, o sea su reabsorción, su incorporación total, sin residuos latentes, a la corriente viva de la tradición popular. Revolución querida y ansiada por muchos de aquellos que han sentido la tra-

gedia de la unidad española como su propia tragedia —así Don Miguel de Unamuno—. El peligro ha estado en el rencoroso malentender de los torcedores de toda clara voluntad, que han querido hacerlo confundir con su contrario, con su enemigo peor: el cadavérico, falso tradicionalismo.

*

El mundo de «Misericordia» es ya una lucha entre la generosa prodigalidad popular y la rencorosa inhibición, el miedo a la vida. Todo ello —en lo que tiene de suceso terrible, de mal progresivo, cáncer que roe las entrañas mismas españolas— no aparece naciendo en ese mundo, sino que más bien se encuentra en una estación de cierta benignidad en que el mal no ha adquirido aún toda su fuerza, esa fuerza de incendio voraz, implacable devorador al que ningún desastre puede aplacar: la triste España cainita. En «Misericordia» hallamos, sí, un tejido social en que se entrecruzan la vena popular creadora en toda su divina potencia, y lo que un instante más allá va a ser la negra sombra de Caín, pero que no lo es todavía. Un motivo más para que nuestros ojos recorran las páginas de este libro genial que, si por una parte es el evangelio de nuestra fuerza, de nuestra gracia más verdadera, por otra insinúa ya su contrario, que todavía no es más que algo que le ofrece resistencia sin moverle guerra. Pero la guerra está al acecho.

Encontramos en «Misericordia», por una parte, los más absurdos, deformados restos del pasado, todo lo «venido a menos», la decadencia, la ruina. El andrajo que fué antes púrpura, el sable del señorito vergonzante que fué antes conquistador acero. El más amasado revoltijo de clases sociales a las que la miseria ha puesto al igualitario nivel del arroyo, en el que, sin embargo, unas sutilísimas formas de expresión, de maneras de conducirse, marcan la diferencia de origen, la altura de la caída. Mezcla de clases sociales y de épocas históricas, pues cada uno de los personajes lleva la marca de una determinada época con sus resabios y sus «ideas». Y así se mezclan la hidalguía auténtica, la caballeridad del caballero de Ronda con la del lírico moro Mordejai. Los dos, por diferentes caminos, a través de distintos linajes, tienen una tradición diversamente caballeresca, más verdadera en el moro, por estar ci-

mentada en la poesía que le salva de todo contagio con la vileza picaresca del arroyo, mientras que al desdichado «caballero Ponte», el «protocursi», es la locura, la enajenación del hoy, su desasimiento del tiempo, lo que le salva del inminente peligro de caer en la terrible cursilería. Irremisiblemente está prendida en ella la práctica nuera de la señora, de la dama rondeña Paquita Juárez. Porque en este mundo de la locura, la cursilería —el lamentable mal de nuestro siglo XIX, que ha terminado, si no engendrando, sí amamantando al fascismo— ha entrado por la puerta de la administrativa prudencia, del cálculo que es ya la impotencia conspirando contra la esperanza.

En el «caballero Ponte» de Ronda encontramos, como en un retrato de segunda mano que reproduce con cierta confusión los rasgos de una figura inconfundible a fuer de extraordinaria, encontramos en su inhibición, la inhibición que le produjo la miseria separándole del mundo real y arrojándole al de las sombras, la inhibición de nuestro primer caballero, del más noble y más desventurado de todos, en quien se inicia el tremendo mal, el peor tal vez con que el destino ha gravado a nuestro ser de españoles. Pero es un mal que no podemos rechazar, porque en él se cifra, al mismo tiempo, nuestra nobleza, pues que esta paralización del tiempo, esta suspensión de la historia por virtud de un ser humano que se niega a vivirla, constituye el gran suceso de España cuando el mundo comienza a marchar por otros rumbos que no son los queridos, que no pueden ser los aceptados. Es Don Quijote en quien por primera vez aparece, y por ser tal su pureza y el resplandor de su figura, hay quien cree que es la única forma de la inhibición española. Equivocación que lleva en consecuencia a juzgar como «quijotescas» acciones y omisiones que no son estrictamente tales. Tras de la inhibición de Don Quijote vienen otras muchas estaciones del mismo camino que cada vez van estando más lejos de su excelso origen, que cada vez van degradándose más, hasta parar en la envenenada inacción, en el quietismo mortal.

Porque a Don Quijote no le permitió Quijano el bueno permanecer encerrado en su fantástico mundo. Trastrocó la imagen de la realidad que le rodeaba, pero sólo equivocó las apariencias, la máscara histórica; bajo ella, su vista descubría con sobrehumana agudeza a la persona moral, a la criatura menesterosa a quien podía ayudar. Bajo la apariencia enga-

ñosa, el mundo era para Don Quijote el lugar de ejercicio de su justicia y de su misericordia; no se ha desrealizado, porque la vida le seguía fascinando; su voluntad no vaga desasida ni un solo instante.

La inhibición de nuestro pobre caballero rondeño tiene de común con la de Don Quijote el haberse negado a aceptar el giro de los acontecimientos; sin peso, sin asidero —convertido en pluma, como él mismo dice a la hora de la muerte—, su voluntad se ha aniquilado por completo. El delirio imaginativo, el vagar por la nostalgia de unas imaginarias grandezas idas, le permite algo muy grave: tomar por «ideales» las simples formas vacías de un ayer marchito, transformar los fantasmas sensoriales, la vanidosa nostalgia de una pompa de jabón, en el simulacro de un *ideal*. Pero «nobleza obliga»: ese simulacro, esa forma vacía le obliga a mucho, a practicar una forma de la misericordia, de la justicia, que se llama *respeto*: respeto impuesto por una forma vacía, pero al fin respeto.

Tales son algunos de los matices de estos personajes galdosianos, que llevan a producir el equívoco con lo «quijotesco». Son una especie de personajes que no poseen ya más que «formas», vaciedades, pero que se salvan, sin embargo, como este caballero, porque aún existe en ellos una lealtad a esa forma huera, porque aún alienta cierta pasión verdadera en el culto a la vaciedad. Y un grano de verdad basta a veces para sostener una vida. Ella libra al caballero, al reintegrarse, en el ocaso de sus días, a «su clase», de ser capaz de lanzarse a alguna «guerra santa», a alguna «cruzada» en la que por tontería, por espiritual vaciedad sin lealtad, acabase despeñándose en los más tremendos crímenes, en las más negras traiciones. Que tal es el riesgo para estos aligeros seres.

En su sola locura, en su solo desvarío parece sustentarse la dama andaluza a quien sirve Benigna, la incansable. Leve, sin peso, cual hoja arrebatada por el viento del infortunio, pasa la desdichada señora; egoísta, generosa, refugiada en su engaño. Le ha faltado siempre valor para enfrentarse con la vida, y según ha ido bajando la cuesta de su ruina ha ido perdiendo pie, hasta ser un semifantasma. Es como una forma fantasmal en la cual se ha refugiado, no por huir de la vida, sino al revés, para mantenerse en ella, porque sólo enajenada, escondida en su propio fantasma, puede seguir en pie. En pie, porque unas manos

incansables, unas espaldas valerosas la sostienen: las manos, el corazón infatigable de Nina, abogada de imposibles.

La hija, «la señorita», existe más fantasmalmente todavía, si cabe, pues no ha podido tomar en serio, «no ha podido acostumbrarse» a su mísera vida, y no tiene el brillante pasado de su madre; no posee recuerdos hacia los que transferir el centro de gravedad de su vida de hoy. De la suntuosidad pasada solamente tiene un saber abstracto, sombra de un ensueño. Por eso el caballero de Ronda le trae el saber abstracto sin contenido vivido. El caballero Ponte acude con sus relatos a suministrarle el contenido fantástico que le falta; la describe bailes del gran mundo, saraos, veladas entre espejos y arañas llenas de luces, relatos de amores... toda la magia, en fin, de un mundo que era «el suyo», que ella debía saber que era el suyo, para preservarse de tomar por verdadera realidad la que le rodeaba. Se la había condenado a perpetua infancia, a perenne irrealidad, a vivir colgada de nostalgias de lo que nunca había tenido. Por eso su personalidad no cuenta; su existencia es la de una niña, infancia embalsamada entre los fúnebres objetos de que por su matrimonio se encuentra rodeada. Todo ello, hasta su matrimonio con un ex-dependiente de industrias funerarias, parece una caricatura del romanticismo. Ella también, como su madre, como el caballero Ponte, come al amargo pan de la limosna. Benigna pide por ellos, se está a la puerta de la iglesia de San Sebastián como una mendiga más, corretea por calles y sube interminables escaleras, vence a diario el imposible y realiza el milagro continuo, continuo como el pan de cada día.

¡Benigna! Todos viven apoyados en su frágil espalda, sostenidos por la incansable actividad de sus ligeros pies, consolados por la imper turbable alegría de su ánimo. Mas ella, que a todos sostiene, ¿en qué se sostiene? ¿De dónde nace la misteriosa y sobrehumana fuerza de esta mujer, vieja, pobrísima, ignorante, sin más guía que su corazón en el laberinto del mundo? ¿Qué saber se alberga en su cabeza? ¿Qué ética mantiene el equilibrio prodigioso de sus acciones; de qué manantial saca aliento para remontar cada día la cuesta durísima de sus dificultades sin desfallecer, sin jamás rebelarse?

A través de toda la novela, la criada Benigna aparece como el único ser íntegro, la única criatura tan arraigada en la realidad que no parece

arrastrar pasado alguno; es como si estuviese naciendo en cada instante. Es la única que con su existencia no plantea ningún problema; apenas sabemos nada de ella: que se llama Benigna de Casia, que es de cerca de Guadalajara, que vino a servir a la Corte y que allá hacia los treinta y cinco años de su vida pasó una borrasca amorosa, de la que no ha quedado más huella que el recuerdo con que la mortifica la malevolencia histórica de su señora; leve rizado de las aguas profundas, remansadas, de esta vida transparente.

Por varios motivos atrae como ninguna otra la figura de Benigna en «Misericordia»; por lo que es en sí misma —agua pura y viva brotando entre escombros— y porque es ella la clave de todo ese mundo complicado. Agua y roca a la vez. Ella es lo más vivo que hay, el presente, la actualidad de la vida libre de residuo alguno, libre de toda traba. Presente que al renacer en cada instante es porvenir, porvenir que descendiendo hacia la realidad desde el infinito horizonte de lo posible es la verificación más fiel de la esperanza.

En el entrecruzado mundo de culturas y linajes, Benigna es la pureza popular, tan pura como indiferenciada; es decir, tan libre de partidismo, tan apta para toda comprensión. «Como no sea castellano neto, no atino», dice ante la invitación de Mordejai a recitar una oración hebrea en el complicado conjuro que había de traerle la ansiada holgura económica.

Pero nadie mejor que ella misma para revelarnos lo que la mueve; pues Benigna habla, habla en un clarísimo y llano lenguaje sin equívocos. Y entre las páginas de la novela está esparcido y como al azar, sin ser subrayado por la retórica ni por truco literario alguno, lo que pudiéramos llamar el «ideario» de Benigna. Bien vale la pena repasarlo. Ideario modesto, cuyas ideas hay que considerar siempre en función de la situación que le hace pronunciarlas, pues Benigna no tiene el gusto de la teoría, y cuando habla es lo mismo que cuando extiende su mano para pedir: por necesidad.

Y así, un día de los más trabajosos, cuando, después de mendigar toda la mañana y trotar toda la tarde, llega a casa de su señora con la modesta comida y los consoladores remedios de botica, la pobre señora desesperanzada le insinúa su ansia de un definitivo y liberador descanso, Benigna le contesta: «Venga todo antes que la muerte, y padezcamos con tal

de que no nos falte un pedazo de pan y pueda una comérselo con dos salsas muy buenas: el hambre y la esperanza».

El hambre, la esperanza y el pan de cada día. Esto es la vida para Benigna, lo que tiene que oponer a la muerte, lo que efectivamente le opone, vencéndola. Inmersa en su hambre y en su esperanza, a veces hasta sin pan, Benigna resiste todo, todo antes que la muerte. Y hay que notar que es esta la única vez que Benigna se refiere a la muerte, y la referencia no ha salido de ella, no es a ella a quien se le ha ocurrido pensar en la muerte, ni como remedio, ni como peligro que a toda costa haya de evitar; pero al mentarla su ama, no la ha encontrado desprevenida. Por el contrario, ante su nombre se ha revelado en qué consiste esencialmente la vida para Benigna, cuáles son los íntimos asideros de su ser.

Pero la señora, en quien no anidaba tan íntima conformidad con la vida, le sigue preguntando, y le plantea la cuestión, la terrible cuestión de la dignidad, de las humillaciones que la miseria inflige, que para la desgraciada señora, al igual que para los de «su clase», es sin duda lo más difícilmente soportable, porque ataca a su *ser*, a lo que estiman como su ser último irrenunciable. Veamos cómo Benigna le contesta, siguiendo la misma conversación (págs. 63, 64 y 65 de «Misericordia», edición «Nelson»):

«—¿Y soportas, además de la miseria, la vergüenza, tanta humillación, deber a todo el mundo, no pagar a nadie, vivir de mil enredos, trampas y embustes, no encontrar quien te fie valor de dos reales, ver-nos perseguidos de tenderos y vendedores?»

«—¡Vaya si lo soporto!... Cada cual en esta vida se defiende como puede. ¡Estaría bueno que nos dejáramos morir de hambre, estando las tiendas tan llenas de cosas de substancia! Eso no: Dios no quiere que a nadie se le enfríe el cielo de la boca por no comer, y cuando no nos da dinero, un suponer, nos da la sutileza del caletre para inventar modos de allegar lo que hace falta sin robarlo... eso no...»

«—Es que tú no tienes vergüenza, Nina; quiero decir decoro; quiero decir, dignidad».

«—Yo no sé si tengo eso; pero tengo boca y estómago natural, y sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva, y no para

que me deje morir de hambre. Los gorriones, un suponer, ¿tienen vergüenza?... Lo que tienen es pico. Y mirando las cosas como deben mirarse, yo digo que Dios, no tan sólo ha criado la tierra y el mar, sino que son obra suya mismamente las tiendas de ultramarinos, el Banco de España, las casas donde vivimos y, pongo por caso, los puestos de verdura... Todo es de Dios».

El diálogo sigue a este tenor, y Nina lo cierra con estas palabras: «¡Bendito sea el Señor que nos da el bien más grande de nuestros cuerpos: el hambre santísima!»

Las cosas todas son criaturas de Dios, son percibidas y sentidas como acabando de salir de su mano; el hombre no es su dueño porque no son producto del humano ingenio, «la moneda, la indecente moneda... también es de Dios, porque Dios hizo el oro y la plata... Los billetes, no sé... pero también, también». Y así, tratándose de cosas de Dios, que ha creado igualmente el «hambre santísima», poco le va ni le viene a la dignidad en pedir, en vivir de la ajena misericordia. Pero la misericordia no puede ser ajena, no puede ser unilateral, porque es el soplo constante de la creación manteniendo el mundo, es la mano omnipotente de quien ha creado las cosas todas «para no dejarlas nunca de su mano». Quien vive de la misericordia, vive en ella, prendido en su órbita, enlazado a las demás criaturas por esta fuerza; quien vive de la misericordia vive del pedir y del dar, y ni lo uno le humilla, ni lo otro le envanece, porque todo, lo que se da y lo que se entrega es de Dios y nada más.

Quien cree esto de las cosas, tiene que tener una idea del saber un tanto dispar de quienes creen en la realidad —es decir, en la independencia de las cosas—, de quienes creen que las cosas *son*. Para estos últimos, el saber es una función de la mente humana que se apoya en la garantía de que las cosas tienen en sí mismas un ser que les pertenece. Las cosas han roto, caso que lo hayan tenido alguna vez, el cordón umbilical con el acto creador. Y si las cosas *son*, son de una cierta manera, tienen una regularidad, unas leyes, y hay cosas que *no pueden ser*, sucesos que no pueden ocurrir... pero, ¿qué no podrá ser y qué no podrá ocurrir para quien hasta la moneda tiene por criatura de Dios, para quien

ve el mundo humedecido aún por el hálito del creador? Pero ella misma nos lo dirá.

Cuando, en las horas más negras de su miseria, el moro Mordejai le habla de los conjuros con que podría entrar inmediatamente en posesión de los más preciosos tesoros, Benigna escucha, a veces con burla, dándose perfecta cuenta de la irrealidad de todo aquello con la clarísima percepción de las cosas que la caracteriza como buena castellana; pero su confianza es tan ilimitada, que todo es posible, es ese «¡quién sabe!» de todo buen español entre escéptico y esperanzado. Porque «lo que contaba Almudena era de lo que *no se sabe*. ¿Y no puede suceder que alguno sepa lo que no sabemos los demás?... ¿Pues cuántas cosas se tuvieron por mentira y luego salieron verdades?...» Porque «hay misterios, secretos que no se entienden, hasta que viene uno y lo dice tal por cual, y lo descubre... ¡Pues qué más, Señor!... Allá estaban las Américas desde que Dios hizo el mundo, y nadie lo sabía... hasta que sale ese Colón, y con no más que poner un huevo en pie, lo descubre todo y dice a los países: «Ahí tenéis la América y los americanos, y la caña de azúcar y el tabaco bendito... ahí tenéis los Estados Unidos, y hombres negros y onzas de diez y siete duros. ¡A ver!» (Págs. 118 y 119.)

Todo puede suceder, porque nadie sabe nada, porque la realidad rebasa siempre lo que sabemos de ella; porque ni las cosas ni nuestro saber acerca de ellas está acabado y concluso, y porque la verdad no es algo que esté ahí, sino al revés: nuestros sueños, nuestras esperanzas pueden crearla. «Hay verdades que han sido primero mentiras».

Verdad y mentira, dependen también de la esperanza, porque dependen de la creación, porque la realidad que hay es solamente parte pequeñísima de la inmensa, inagotable realidad, que Dios puede hacer salir de su mano. Porque lo que ahora hay era nada antes de ser creado, y de la nada de hoy pueden salir nuevos seres. El mundo pende por completo de la voluntad creadora de Dios, mas también de nuestra esperanza, de nuestros anhelos. Y esto es la misericordia, que nosotros con nuestros sueños, con nuestro querer, lleguemos a participar de la creación, podamos también crear.

«Inventa unas cosas que luego salen verdad; las verdades, antes de ser verdades, un suponer, han sido mentiras muy gordas» (pág. 371),

dice Benigna cuando el personaje que tuvo que inventar para engañar misericordiosamente a su señora resulta ser casi verdad. Ante el prodigioso suceso, tiene un momento de estupor, del que inmediatamente se repone con esa consideración, nacida de lo más hondo de sus creencias, de lo que podemos sin duda llamar su «evangelio». Es lo que la diferencia profundamente de su amigo y, al fin, enamorado, el moro Almudena. El intenta llenar el espacio abierto que la esperanza deja en el corazón de Nina, con los ensueños de su imaginación, con los delirios de su oriental fantasía. El es también piadoso, cree y espera, mas no espera con los ojos abiertos, conservando la clara visión de las cosas, sino que necesita embriagarse de esperanzas, emborracharse de poesía. La religión lírica de Mordejai, el cántico de los salmos entre los eriales y vertederos de la Fábrica de Gas, detrás de la estación de las Pulgas, tiene algo de opio. Es olvido más que esperanza, es poética transformación de la realidad, desrealización por una cierta especie de poesía, más que fe. Pero de sus leyendas, de sus conjuros, de sus salmos cantados al son del derrengado guitarrillo, irradia una ingenua fuerza atractiva, una verdad, un algo que, en efecto, llega a hacer olvidar el hambre y la angustia, la amargura, la fealdad; algo que convierte a la pobre, misera Benigna en la Mujer única, en la Mujer por antonomasia, tras de cuyo rostro velado ha recorrido medio mundo el moro. Es la poesía amiga siempre, primera amiga de la Misericordia.

Es la poesía lo que aporta el oriental Mordejai, y no es extraño, pues eso ha aportado en definitiva la cultura oriental a España. A primera vista parece ser otro el problema, pues lo primero que se ocurre ante la extraña pareja Benigna-Mordejai es que se trata de dos religiones, las dos más importantes y decisivas de las que han intervenido en la formación de la vida del pueblo español. Porque el moro Almudena es «ibrí» y salmodia sus oraciones en el conmovedor castellano sefardita. Y aunque es Benigna, con su evangelio, la que a medida que avanza la historia se convierte en verdadero eje del mundo, en protagonista de la tragedia, en víctima y liberadora que paga por todos y a todos salva, a pesar de ser ella quien *gana*, hace pensar que dos religiones, cuando en verdad son vividas, pueden convivir perfectamente y hasta comprenderse, y que no ha sido tal vez una cuestión nacida de la religión misma

la unidad religiosa, la sangrienta y terrible unidad religiosa de España. Pero por el momento no se puede tratar esto, creo, con ocasión de «Misericordia», porque el moro Mordejai viene a ser la poesía caminando al lado de la vida, la poesía, entonces como siempre, confundiendo su suerte con la del pueblo.

Mordejai vive de sueños. Nina los acepta como parte de las obras divinas. «Los sueños, los sueños, digan lo que quieran —manifestó Nina— son también de Dios; ¿y quién va a saber lo que es verdad y lo que es mentira?» (pág. 201.) Porque la gran fuerza de Nina consiste ante todo en esta facultad de comprensión, de absorción de todo lo que la rodea; también de eliminación de todo aquello que pudiera envenenarla o detenerla. Es la fuerza inagotable de la vida transformándolo todo en vida, llevando el pasado íntegro en estado naciente, como recién inventado; es la tradición verdadera que hace renacer el pasado, encarnarse en el hoy, convertirse en el mañana, pervivir, salvando todos los obstáculos con divina naturalidad.

De ahí que nada, ni las más negras ingratitudes, ni los más hondos desengaños, sea capaz de ensombrecer de rencor el corazón de Nina. Libre como un pájaro, se sobrepone a todo, ella misma define el espacio de su vuelo, va con sus alas adonde está la luz, escapándose siempre de las cárceles del rencor y la amargura:

«Por lo que debemos hacer lo que nos mande la conciencia y dejar que se peleen aquellos por un hueso como los perros; los otros por un juguete como los niños, o estos por mangonear, como los mayores, y no refir con nadie y tomar lo que Dios nos ponga delante, como los pájaros». (Pág. 360.)

Como los pájaros, vive en la luz y con su esfuerzo sin fatiga crea la libertad. Desasida y apegada a un tiempo a las cosas, libre de la realidad y esclava suya a la vez; invulnerable y al alcance de la mano, dueña de todo y sirvienta de cada uno. Nina, en verdad, es Misericordia.

*

Llegamos al final de la historia. Una mañana que vemos relucir con el espléndido sol madrileño, Juliana, la nuera de la señora, el personaje

más hundido en la mezquindad de todo el mundo de «Misericordia», la práctica y administrativa Juliana, acuciada por la úlcera del remordimiento, se dirige en busca de Benigna; va dispuesta a ganar su perdón, porque ha soñado que sus hijos, sus tristes hijos que en apariencia gozan de buena salud, enferman irremisiblemente, y ha establecido, a través de su remordimiento, una estrecha relación entre la salud de sus hijos y Nina, la pobre, vieja Nina que se ocupa en el ínterin de curarle las pústulas al moro. Es de justicia consignar que Juliana le lleva tres duros... que Nina acepta, pues estas pesetillas le vienen como «caídas del cielo», y al agradecerse, añade: «y quiera Dios dárselo en salud para sí, y para su marido y los nenes».

No tranquilizada todavía por estas generosas palabras, vuelve Juliana al día siguiente; la traición cometida con Nina ha sido tan grande, tan difícil de perdonar, que ni la propia Juliana puede absolverse de ella, aunque haya encontrado a Nina «en buenas apariencias de salud, y además alegre, sereno el espíritu y bien asentado en el cimiento de la conformidad con su suerte». No puede, no, perdonarse a sí misma todavía. Al fin, ¿qué de extraño tiene que Juliana asocie la salud y hasta la vida de sus hijos a Nina, que es la perenne fuerza del porvenir asentada en el pasado; a Nina, que es la tradición y el mañana, la esperanza... la vida?

Son muy pocas las palabras que se cruzan entre las dos mujeres: entre la mezquina fuerza retrógrada, entre la pobre hermana cainita, y Benigna. Con naturalidad divina se produce la reconciliación:

«—A eso vengo, *seña* Benina, porque desde anoche se me ha metido en la cabeza otra idea: que usted, usted sola, me puede curar».

«—¿Cómo?»

«—Diciéndome que no debo creer que se mueren los niños... mandándome que no lo crea».

«—¿Yo...?»

«—Si usted me lo afirma, lo creeré, y me curaré de esta maldita idea... Porque... lo digo claro... yo he pecado, yo soy mala...»

«—Pues hija, bien fácil es curarte. Yo te digo que tus niños no se mueren, que tus hijos están sanos y robustos».

«—¿Ve usted?... La alegría que me da es señal de que usted sabe lo que dice... Nina, Nina, usted es una santa».

«—Yo no soy santa. Pero tus hijos están buenos y no padecen ningún mal... No llores... y ahora vete a tu casa, y no vuelvas a pecar».

«Tus hijos están sanos... No vuelvas a pecar»... Que sea así.

MARIA ZAMBRANO

